

to colonial centres of power for explanation and synthesis. In contrast, Gardner and McConvell argue that those in the colonies openly questioned the perceived wisdoms of their intellectual mentors in the United States and the United Kingdom. It was “Southern Anthropology” from Australia and the Pacific, therefore, that required “Northern Anthropology” to question its assumptions and make changes to its theoretical models and its methodologies. Rather than being beholden to their supporters abroad they stridently argued for the results of their empirical fieldwork, experimented with pioneering methods of collecting kinship data, and as a result, refuted many of anthropology’s speculations at the time.

In making this argument, “Southern Anthropology” is essentially about the making of a single book and the intellectual partnership that gave rise to it. Describing the intellectual partnership between Howitt in Australia and Fison (predominantly) in Fiji – as well as their communications with Morgan in the United States and Tylor in Britain – Gardner and McConvell reveal how global networks of correspondence enabled the circulation of scholarly texts and influenced the making of pioneering ethnographic and anthropological texts. Just as powerfully though, “Southern Anthropology” considers the centrality of the intersubjective exchange between ethnographers and their informants that even during these early years could never be entirely “contained” by the expectations of colonialism. Trawling through scattered archival evidence, the authors have been able to reveal limited, yet telling, insights into these interactions and force us to rethink the dynamics of colonial anthropologists as they conversed with their informants and learnt from them.

Over an eight-year period Howitt and Fison worked relentlessly at collating and interpreting diverse, complex, and at times ambiguous data on kinship, language, and territoriality. While most of this data came from enigmatic non-Indigenous figures (fascinating in their own right) living and working alongside Aboriginal informants in far flung parts of the continent, some of the richest ethnography Howitt elicited directly. To their credit Gardner and McConvell emphasize the importance of these interactions in the accumulation and interpretation of ethnographic material, as it is all too easy to imagine pioneering anthropologists of the late nineteenth century as unthinking in this regard. Fison and Howitt’s efforts show that there were glimpses of a nascent-reflexivity and cultural relativism to their thinking. Fison, for example, argued not just for the “collecting of facts” but acknowledged the difficulties faced by anthropologists in seeing these “facts” in the same way as “the natives themselves.” He understood that as an observer he too was constrained by his own particular “mind-world.”

In this sense, it is Fison and his keen defence of empirical findings that emerges as the key player in the production of “Kamilaroi and Kurnai.” This is a significant discovery of the book on its own, as it is usually Howitt, the son of famous literary parents, the celebrated explorer and scientist, and the author of another highly influential text “The Native Tribes of South-East Australia” (1904) that is more widely recognized in Australian historical

and anthropological literature. But in “Southern Anthropology” it is Fison, the Wesleyan missionary, the journalist and anthropologist that emerges as someone willing to see received theories – even those proffered by his mentor Lewis Henry Morgan – challenged by new data.

Perhaps the most frustrating aspect of this book is that it does not extend its analysis beyond the publication of “Kamilaroi and Kurnai” in 1880, and engage with the influence Fison and Howitt had in the coming decades. Confining the analysis to this early period feels too restrictive and misses out on the important story of their impact on their anthropological heirs Walter Baldwin Spencer and Francis James Gillen. There is much that still needs to be written about this important lineage and its links to the British tradition in anthropology. There is also a noticeable disjuncture in the authorship of the different chapters with McConvell focusing on the specific of debates in social organization and kinship, and Gardner on the historical context of the collaboration. “Southern Anthropology” is nonetheless an important book and part of a growing body of literature focused on the development of anthropological theory and method in the antipodes at a time when the antiquity and origins of humanity were being keenly debated within the centres of colonial power.

Jason Gibson

Godelier, Maurice : L’imaginé, l’imaginaire & le symbolique. Paris : CNRS Éditions, 2015. 284 pp. ISBN 978-2-271-08082-0. Prix : € 19.00

“L’imaginé, l’imaginaire & le symbolique” es el título de este reciente libro de no sólo uno de los más renombrados antropólogos de nuestra época, sino también de uno cuya obra es ampliamente conocida más allá de las fronteras del campo en que se inscribe. Podría agregarse, quizá, que se trata de un libro en el que, en cierto modo, Godelier deja fluir sus ideas como en una suerte de manifiesto. Así, ateniéndose a su acreditada madurez intelectual, el autor glosa perspectivas, supuestos y autores provenientes de varias disciplinas (que van, por ejemplo, de la genética a la lingüística).

Desde el inicio, el libro llama nuestra atención sobre dos productos de lo que el autor llama “el pensamiento” (*la pensée*). El primero de ellos se constituye de aquello que se imagina y que es, al mismo tiempo, imaginario. El segundo producto abarca también lo imaginado, pero que no es imaginario. A partir de esta distinción, Godelier se interroga por las razones y los modos por medio de los cuáles el pensamiento engendra, dependiendo del contexto, uno u otro de estos productos (7).

Para ofrecer una respuesta, el autor aborda, a lo largo de los capítulos del libro, varias formas de actividades imaginarias (tales como, por ejemplo, el recuerdo o la suposición) y distintos espacios en los que los así llamados imaginarios (*imaginaires*) se despliegan (como, por ejemplo, los del juego o del arte). Uno de los temas que más ocupan al autor es el de los imaginarios de las religiones y el de los regímenes de poder. Tal es el objetivo de la última y octava sección (cuya extensión abarca, de hecho, casi la mitad de todo el libro), donde, además, Godelier

reafirma algunas de las constataciones hechas en los capítulos precedentes. Así, por un lado, reitera que la función simbólica es una condición *a priori* de toda forma de actividad y de pensamiento que tengan sentido para los seres humanos (12). Por otro lado, nos recuerda que, en los mitos de los sistemas religiosos y políticos, la figura de Dios no es reconocida como imaginaria sino, muy por el contrario, como fundamento mismo de lo real.

Además de tomar distancia explícita frente a otras propuestas clásicas de la antropología francesa (como la de Claude Lévi-Strauss acerca del carácter separable o indisoluble de los tres componentes del mito: a saber, lo real, lo simbólico y lo imaginario), Godelier concluye este libro sugiriendo algunas posturas de tono filosófico. Una de las más destacadas concierne al origen de los imaginarios religiosos. Este se encontraría, simultáneamente, en dos capacidades del hombre: en primer lugar, la de crear sociedades en las que vivir y, segundo, la de legitimar sus estructuras y su orden haciendo referencia a una “verdad” cuyas pruebas son, nos dice, imaginarias (244 s.).

Otras reseñas han señalado ya algunos problemas ligados a ciertas hipótesis del libro, aduciendo que parecen ecos de los “matérialisme culturels américains des années 1950–1970” (Reseña de B. Formoso: Maurice Godelier, “L’imaginé, l’imaginaire et le symbolique”. *Moussons* 27.2016.1: 175. <<http://moussons.revues.org/35972016>>). Aquí nos contentaremos con señalar una cierta oscuridad que afecta a algunos de los ejemplos por medio de los cuales Godelier ilustra distinciones conceptuales fundamentales en su argumentación. Así, por ejemplo, el autor afirma que cualquier respuesta a sus preguntas sobre la imaginación requeriría, “inevitablemente”, que nos interroguemos acerca de la naturaleza de lo real (*le réel*) (9). Para acercarnos a lo que entiende por real, Godelier distingue entre un plano de una ciudad y una caricatura dibujada por un artista. Si el primero se referiría a “una realidad, la ciudad, que existe independientemente del mapa y fuera del espíritu del turista que desea visitarla”; en cambio, prosigue, la caricatura “no existe en ninguna parte excepto en el espíritu [del dibujante]” (89). El dibujo del artista sería, pues, a diferencia de un mapa, una “presencia ideal dentro de los individuos, una que no tiene referencia real en el mundo que existe fuera de ellos” (89 s.). La ciudad, en suma, sería una “referencia real”, pero no así el “espíritu” del dibujante y sus lectores. Sin embargo, no parece del todo claro cuál sería el interés o utilidad de distinguir entre experiencias colectivas igualmente auténticas (como las expresadas por un mapa y una caricatura), independientemente de la tangibilidad o visibilidad de la “referencia real”.

Finalmente, el afán generalizador que anima el libro pareciera, por momentos, expresar una cierta distancia (sea buscada o no) frente a algunos de los debates antropológicos más presentes hoy en día. No es, pues, su encomiable esfuerzo comparativo (Godelier señala aspectos comparables de sociedades tan distintas como la inca, maya, egipcia, sumeria o baruya) lo que podría sorprender al lector, sino quizá más bien el uso no problematizado de conceptos como “el pensamiento”, “la Humanidad” (81, 238, 245), “la universalidad”, “la belleza” (105) y, más en

general, su pregunta por “las actividades del pensamiento” (238–241) o “la armadura invariante de la naturaleza humana” (30). En suma, sea como fuere, Godelier nos deja aquí una muestra destacable de un ejercicio intelectual cosmopolita, uno cuando menos tan clásico como las distinciones entre “espíritu” y “cuerpo” (17) y tan correcto como la divisa de “Libertad, igualdad, fraternidad” que el autor salvaguarda al enfrentarse con otros contenidos imaginarios del poder político (220).

Juan Javier Rivera Andía

Grube, Nikolai, und Alexander Schubert (Hrsg.): Maya. Das Rätsel der Königsstädte. (Ausstellungskatalog Historisches Museum der Pfalz 02. 10. 2016–23. 04. 2017, Speyer.) München: Hirmer Verlag, 2016. 336 pp. ISBN 978-3-7774-2603-7. Preis: € 39,90

Der Band ist zugleich Ausstellungskatalog zur gleichnamigen im Titel benannten Ausstellung im Historischen Museum der Pfalz (2. 10. 2016–23. 4. 2017) und einführendes Werk zur aktuellen Erforschung und zu Kenntnissen der vorspanischen Maya. Vorgestellt wird die Kultur der Maya vor allem aus der Zeit der Klassik (300 bis 1000 n. Chr.). Denn mit diesem Zeitabschnitt geht die Auffassung vieler Königsstädte einher, die in den letzten zwei Jahrhunderten erst aus dem Dickicht des Regenwaldes wieder ans Licht gelangten und deren grandiose Hinterlassenschaft in Form von Objekten Eingang in den Band und die Ausstellung fanden. Damit sind das Buch und die Ausstellung zugleich der Frage gewidmet, wie es zu dem Kollaps der Maya am Ende der Klassik kommen konnte und welche Antworten sich aus der Hinterlassenschaft ergeben. Waren Umweltzerstörung, Klimaveränderung oder ein ideologischer Wandel der Grund, warum die prächtigen Königsstädte zum Grab- und Denkmal, ja sogar zum Gedächtnisort einer ganzen Kultur wurden? Und wie ist ein solcher Kollaps zu verstehen, da die Maya ja nicht einfach verschwanden, sondern nunmehr auf fünf Länder verteilt bis heute in zahlreichen Facetten und Formen ihrer Kultur Ausdruck verleihen.

In einem der beiden Texte vor der eigentlichen Einleitung, “Auf den Spuren der Maya”, beschreibt der Bonner Altamerikanist und zugleich wissenschaftlicher Berater für die Ausstellung, Prof. Dr. Nikolai Grube, die Wege, die es erlauben zu verstehen, wie die Maya der Klassik lebten. Dabei stehen aber nicht nur die Könige und die Adligen im Fokus, sondern auch Bauern, Kleinwüchsige und Kunsthandwerker, die für den ganzen Glanz und die Versorgung einer im Urwald lebenden Gesellschaft sorgten. Zugleich erlebt jeder Leser und Besucher, wie nah die Probleme der damaligen Maya auch an den unsrigen sind – man denke nur an die Herausforderung durch Umwelt- und Klimaveränderung. Genau hierauf bezieht sich der zweite Beitragstitel im Anschluss, “Sind wir nicht alle ein bisschen Maya?”, des Kurators der Ausstellung, Lars Börner, und des stellvertretenden Direktors des Museums der Pfalz, Wolfgang Leitmeyer.

Der Band ist nach der eigentlichen Einleitung in vier Abschnitte oder Kapitel mit insgesamt 29 Beiträgen einschlägiger Fachautoren untergliedert. Zum Abschluss ei-